la política democrática no lo precisan con claridad meridiana. Su nuevo decálogo es brumoso como sus metafísicos rezos al dios de las batallas. Los *pueblos* van a ser, al fin, *libres* de sus destinos. La democracia les emancipa. ¿De quién o de qué? Los pueblos están compuestos de asalariados y de propietarios, de gentes que mandan en virtud de esta posesión y de gentes que tienen que obedecer en virtud de aquella miseria. De esta tiranía económica no hablan los decálogos democráticos. Mucho parlotear de solidaridad humana, de república y aún de socialismo, pero mucho abominar también de cualquier socialización o comunización de los bienes que quisiera intentar el *pueblo desposeído*. El pueblo, por lo visto, son ellos y nadie más que ellos, los que poseen; los demás mortales somos populacho, no tenemos derecho a un nuevo derecho, ni a concebir siquiera un derecho propio. A lo sumo, tenemos derecho a ser víctimas de una cruzada burguesa por el estilo de la que los demócratas, republicanos y socialistas de frac y guante blanco emprenden mancomunadamente por tierras de Rusia para restaurar allí el viejo derecho capitalista un poco maltratado, por los que no se resignan a ser eternamente desposeídos.

¿Cómo calificaremos la intromisión de estos Estados sedicentes democráticos que no respetando la voluntad de «la mayoría rusa» se proponen aplastar una «república socialista?» ¿Y cómo la de este *socialismo oficial* alemán que constituído en república halla poco grata la vecindad de la república *socialista* rusa y despide a su embajador? ¿Qué democracia es, pues, la de estos Estados belicosos que al mismo tiempo que aseguran por boca de sus políticos y de su prensa oficial que no quieren entrometerse en los nuevos asuntos políticos interiores de Alemania, desembarcan en Rusia y se entrometen *manu militari* donde la mayoría de un pueblo no les llama? ¿No dice bien claramente esta actitud que hay *dos* democracias, una verdadera y otra falsa: la del proletariado que no quiere el sistema capitalista de la burguesía y la de la burguesía que quiere que *impere* por doquier y a la fuerza su privilegio económico y se disfraza de demócrata para tener a su lado a los bobalicones que entusiasmándose con las palabras no ven los hechos que las desmienten? ¿No significa esto bien claro que la democracia de las burguesías es el imperialismo económico de las clases capitalista y propietaria y que, por consiguiente, su democracia no es «el gobierno del pueblo por el pueblo» sino «el gobierno del pueblo por la minoría burguesa», exactamente como en cualquier monarquía absolutista donde predomine una clase sobre otras? ¿No significa realmente que la libertad política sin la posesión económica *no da* al proletariado *soberanía* democrática alguna? ¿No quiere decir que todo este apostolado democrático con que se nos ha venido jeringando los oídos durante la guerra es la farsa más estupenda, más hipócrita y nauseabunda que haya podido inventar la burguesía para continuar teniendo *esclavizada* a la clase proletaria? ¿No quiere esto decir que este pretendido reformismo socialista con que los burgueses europeos y americanos prometen gratificar a sus rebaños sacrificados en la guerra no es tal socialismo ni conducente a él, pues de otro modo no irían a aplastarlo en Rusia donde tiene, sin ningún carácter anarquista, su mayor expresión de socialismo estatista? ¿No se ve bien claro que la burguesía es enemiga del socialismo integral, a pesar de todos sus antifaces demócrata-socialistas? A las burguesías no les asustan las etiquetas más radicales con tal de que les aseguren el disfrute de su privilegio económico.

Se dice que si por el terror ruso, que si el terrorismo de la república rusa... Puro pretexto. Si tanto les preocupa a estos gobernantes demócratas la suerte que puede caberle en Rusia a la clase capitalista, ¿había más que abrirle los brazos y acogerla hospitalariamente en sus Estados sin necesidad de llevar allá más pólvora para la guerra civil? Si las democracias burguesas se arrogan el derecho de expulsar a los anarquistas, ¿por qué no habría de arrogarse igual derecho contra los burgueses la democracia obrera socialista rusa constituída en autoridad? ¿O es que la ley de la mayoría es válida cuando la burguesía tiene las multitudes inconscientes obreras a su lado y no es válida cuando no las tiene? «Que se vayan a una isla desierta estos anarquistas descontentos de la actual sociedad», nos decían a nosotros los políticos y los periodistas, años atrás, asustados por los atentados cometidos por unos pocos anarquistas, no satisfechos aún de haberse votado en Italia la ley del *domicilio coatto*, en Francia las *lois scélerates*, en la Argentina la de expulsión y de entrada, en España la de sobre el terrorismo, etc. ¿Por qué no dan ahora aquel ejemplo de expatriación los burgueses rusos descontentos del maximalismo gubernamental? ¿Pretenden tener hasta el monopolio de la oposición y de la conspiración impunes? ¿Y por qué no se adapian al nuevo medio social si tan evolucionistas se llaman los burgueses y tanto predican a los utopistas (?) revolucionarios que se atengan a la *realidad?* Y ahora mismo, cuando varios Estados sedicente demócratas y republicanos encarcelan y expulsan a los rusos, supuestos o reales *agentes* del maximalismo, ¿con qué derecho estos Estados meten sus *agentes armados* en Rusia? ¿Con el de la estupendísima lógica del más fuerte? ¿Cómo van luego a recriminar esta misma fuerza empleada por los rusos, estos políticos de sacristía y estos periodistas del burguesismo enternecido? ¿En nombre del «orden», de este orden capitalista que durante cuatro y pico de años se ha paseado sangrientamente por Europa? ¿De este orden groseramente burgués al que le salen a porrillo los conflictos económicos y políticos en todos los Estados? ¡Valiente principio, hermosa moral y elocuente finalidad para convencernos!

¿Está bien claro que los burgueses *no quieren evolucionar* sino *imperar* e *imponer?* ¿Que no les preocupa mayormente *la vida* de unos cuantos congéneres, sino *el reinado* de sus congéneres, y que todo este sentimentalismo actual es pura camama? ¿Está bien visto que la solidaridad burguesa no traspasa los límites de su clase y que son mentira sus apostolados humanitarios? ¿Está bien claro que no surge de esta guerra, por voluntad de las burguesías, un *nuevo derecho*, sino que toda su acción político-militar se dirige resueltamente a *conservar* y a serle posible *robustecer* el secular privilegio económico que heredó de la nobleza? ¿Y para este democratismo se habrán hecho matar los obreros y van a matar en Rusia a los proletarios socialistas que no quieren el imperialismo económico del privilegio burgués? ¡Qué triste papel el suyo y qué calificativo más denigrante les reserva la historia! Nosotros, que no somos maximalistas y que no quisiéramos ver implantado el maximalismo en nuestro país, pues tenemos de la evolución y de la revolución, de la libertad y de la justicia un concepto más amplio y más elevado, nos avergonzamos por ellos y protestamos de su acción liberticida.

Resultado: que no hay tal nuevo derecho. Porque no puede llamarse tal a los remiendos, a estas medias suelas y tacones caritativo-reformistas-democrático-sociales con que se pretenderá consolidar el derecho capitalista, verdadero y *único imperialismo* que no saben ver los papanatas que se entusiasman con la pirotecnia de la política que les arrodilla a los pies de monarcas y de presidentes de república abrazados triunfalmente.

Caen coronas, derribadas por otras coronas que prescinden de derechos divinos, y quedan los banqueros. Se derrumban sistemas políticos, pero queda el capitalismo. Se aplasta a una nación para entronizar sobre ella el comercio y la industria de otra, pero lo que se propuso hacer el imperialismo, por más que le salió mal el cálculo de la fuerza, arramblar con el mundo a cañonazos, lo hará la democracia capitalista. Monarquías y repúblicas se combaten cuando les conviene a la banca y al comercio y se abrazan cuando así quieren industriales y comerciantes.

El imperialismo teutón era detestable, detestabilísimo; convenido, ¿Pero no es menos detestable la hipocresía de esta barragana que le imita el *maquillaje* para tapar las arrugas de su derecho pretendidamente juvenil?

¡Libres los pueblos! Ya, ya se lo dirán de rezos y de escuadras, y sobre todo de tributos, los modernos redentores. Ni diez años tardaremos en ver armada otra sarracina. Que así como se dispararon los viejos fusiles que tenían que asegurar la paz armada del desequilibrado Equilibrio europeo, se dispararán también los nuevos fusiles que han de asegurar el flamante derecho de la vieja injusticia capitalista que mangoneará en esto de la Liga de las Naciones.

Las burguesías, estas burguesías demócratas que no creen al pueblo alemán actual bastante democratizado, a pesar de tanto sesudo socialistoide como se ha apoderado de su dirección política, no quieren saber nada del socialismo libertario que podría poner fin a las ambiciones y egoísmos individuales y nacionales. Se comprende. Pero las multitudes babiecas que forman el coro de papagayos en torno del nuevo decálogo que las excluye de la libertad y la posesión de los bienes materiales, al mañana se mueren de hambre o caen destrozados en nuevos campos de batalla, ¿a quién culparán de su credulidad? ¿Serán dignas de compasión? Murieron hoy por la mayor libertad y la mayor propiedad de sus «amos». Sus hijos continuarán siendo «esclavos», democratizados, pero muy esclavos. Si nuestros hijos no tuvieran que pagar solidariamente este futuro dolor, ¡cómo nos reiríamos de la estultez humana!

J. PRAT

NOTAS AL MARGEN

De aquellos polvos...

¡Por fin, llegó la paz! Pero así como el poeta dijo,

¡Ya ni en la paz de los sepulcros creo!

la humanidad, que juzgada colectivamente no tiene tratos con las musas ni entrada de favor en el Parnaso, repite en endecasílabos, aunque en forma poco poética, desde que se firmó el armisticio:

¿Y si esto de la paz es una filfa?

Y tiene razón la humanidad para dudar de que la paz sea un hecho. Cesó la lucha en las trincheras; volverán a su hogar los que lo tengan; enmudecerá el cañón, y los hombres que volaron para competir con los buitres y se ocultaron bajo las olas para disputarles la presa a los tiburones, descenderán de lo alto y saldrán a la superficie, para vivir en su propio ambiente y olvidar poco a poco los hábitos contraídos durante la guerra. Esto será la paz para quienes iniciaron la matanza; para los mandones autoritarios que creen que no hay más guerra que la que ellos provocan, ni más paz que la que ellos mandan hacer.

Terminó la guerra reglamentada; pero otra guerra originada por la primera, hizo hace un año su aparición en Rusia, y cual mancha de aceite, amenaza extenderse por Europa muy a pesar de la voz de «¡alto el fuego!», dada por Wilson. Entrenados en el arte de la guerra, los hombres que hasta ahora cegados por el patrioterismo, alucinados por el espejuelo de la libertad, o lo bastante torpes para no comprender la pasada que les jugaban los amos del cotarro estatal, esos hombres, decimos, que e cuatro años de guerra aprendieron a despanzurrar al prójimo, han caído en la cuenta de que el enemigo era el compatriota y no el extranjero; y lo que antes hicieran en las trincheras, lo repiten con más o menos variantes en las más populosas ciudades de su propia patria. La guerra dictada por la diplomacia, fué para esos hombres como una academia; en ella les enseñaron a matar, y en demostración de lo bien que aprovecharon el tiempo, matan cuanto les viene a mano, con una destreza y una maestría que deja sorprendidos y estupefactos a los propios maestros.

Pero estos frutos, producto natural de la guerra iniciada, sostenida y concluída por la voluntad de las burguesías y los gobernantes, resultan ácidos, ásperos e indigestos para esas gentecillas que avaloran la vida de un hombre por la tierra donde nació. Matar a un general enemigo sería motivo de las más grandes recompensas para un soldado; pero si este mismo soldado le saca las tripas al sol a cualquiera de los causantes de su infortunio, entonces... ¡horror! Burguesías y gobernantes ponen el grito en eso que llaman orden social, que viene a ser el cielo de los satisfechos, y declaran solemnemente que es un asesinato lo que en el caso contrario habrían calificado de acción meritoria. ¡Matanza y no por mi casal dicen a voz en cuello los directores del rebaño humano cuando la revolución asoma la jeta; nosotros dimos dinero para hacer la guerra diplomática, no para que el pueblo se metiera con nosotros.

Y esto es lo que ha ocurrido en Rusia, ha repercutido en Austria y está en auge en Alemania y tiende a tomar carta de naturaleza en otros países. Los ciegos, alucinados o torpes, se han apercibido de que el enemigo no estaba en los campos de batalla; lo tenían en casa. Y al volver a la razón y a la claridad han desviado la puntería y en vez de disparar de fronteras afuera, han disparado de fronteras adentro. Y cuando una guerra desaparecía por el foro del teatro mundial, otra guerra no prevista por los directores de escena ha hecho su aparición. La guerra entre naciones ha desaparecido por ahora, pero la guerra de clases tiene la palabra y, por lo que parece, tiene tela cortada para rato.

No sabemos, pues no somos profetas, hasta donde llegará el movimiento revolucionario producido por la guerra, aunque sí creemos que no ha de llegar a la meta que nosotros deseamos. Para llegar a la Anarquía, que es el punto de llegada señalado por nosotros, carece actualmente la humanidad de la agilidad mental necesaria, sin que esto quiera decir que el pesimismo se ha adueñado de nosotros, ni que por ver lejano el día de la total emancipación humana, dejemos de luchar. Hemos querido, sencillamente, poner de relieve en estas líneas que la burguesía europea, que no tuvo un gesto de piedad para los veinte millones de hombres muertos por su culpa, ha adoptado una actitud trágico-grotesca así que unos cuantos supervivientes de la gran catástrofe han exigido responsabilidades y se han declarado en rebeldía.

¿Que los revolucionarios han cometido tropelías horribles? ¿Que han incendiado, saqueado y asesinado? Tal vez, tal vez... ¿Pero les enseñásteis a algo más, que a saquear, incendiar y asesinar mientras los tuvisteis a vuestras órdenes? De aquellos polvos vienen estos lodos, dice el refrán; y pensad que del polvo de la guerra que vosotros extendisteis por el mundo se ha formado ese lodo revolucionario que hoy os salpica.

JUANONUS

EL SUFRAGIO

Todas las esperanzas que las predicaciones políticas hicieron concebir a los trabajadores sobre esta supuesta arma de emancipación, van resultando quimeras. No solamente el trabajador continúa siendo esclavo de los patronos, sí que también va resultándolo de los mismos a quienes vota. Los anarquistas hemos dicho siempre que sólo hay dos modos de esclavizar a los pueblos: por la fuerza o por la farsa. Esto, dicho así en crudo, parece una salida de tono; pero examinado el funcionamiento de la democracia, a la luz de la crítica, el sufragio se convierte en un sainete, según gráfica expresión del sociólogo Ingegnieros, o en una burla, según el socialista Guesde, antes de que se le ocurriera presentarse diputado, o hasta en un arma de reacción, según Spencer. Pero esta farsa, inventada por la astucia de los políticos, dignos discípulos de los no menos astutos sacerdotes, para «cerrar la era de las revoluciones» e inaugurar la de la evolución pacífica —que nos la hagan buena en estos tiempos de guerras capitalistas y de guerras civiles—, si no ha emancipado al asalariado, ha encumbrado, en cambio, a toda una legión de vivos que comparten con los patronos la innoble tarea de domar rebeldías y sacar jugo amonedado del esclavo. Este cree que, en democracia, es el amo porque puede dejar sin reelección a los que traicionaron sus esperanzas, pero no ve que cuando se da cuenta de la traición, es tarde: ya le molieron las costillas. «Vota mejor», le dicen, y recomienza la farsa porque, votando, abdica su pensamiento y su acción en manos que, por puras que fueren, serán siempre, cuando no traicioneras, por lo menos ineptas. Con el sufragio, el votante es, pues, un cero para dar valor a unidades burguesas, o que aspiran a serlo cuando se llaman obreros. Un adorador de Mesías. Basta ver este mesianismo en los Parlamentos para darse cuenta de que el sufragio es... lo que leerá el curioso lector que quiera ahorrarnos repetir lo que, por pluma del camarada italiano Gori, dice de toda la acción política la crítica anarquista, a saber: que es el arte mezquino y repugnante de hacer y deshacer ministerios. Al rebaño le gusta esta comedia, y como su abulia y su miopía, son grandes, difícilillo vemos que vaya a abrir los ojos y empuñar la escoba un día de éstos. No nos queda más recurso que ir amontonando razones, análisis, pareceres, día tras día, perseverentemente. Y aquí van:

Vanidad del sufragio universal

En la materia que nos ocupa, la confusión entre el fin y los medios era casi inevitable. La observación de los contrastes que presentan los Estados de diferentes naciones y los Estados sucesivos de la misma nación, ha impreso fuertemente en el espíritu de los hombres la convicción que, cuando el poderío gubernamental está en manos de uno solo o de una oligarquía, éstos lo empleen en su beneficio y en detrimento de la masa. Es de temer que los ciudadanos que no detentan este poderío estén sujetos a restricciones y a cargas desproporcionadas, y privados de la libertad que pertenece a cada uno, reclamada por la equidad, y que no tiene más límites que las libertades análogas de todos, y se teme, al propio tiempo, una violación más o menos extensa de sus derechos. Habiendo enseñado la experiencia que una distribución más extensa del poder político lleva consigo una disminución de las violaciones, se ha identificado el mantenimiento de una forma popular de gobierno y el respeto de los derechos: el poder emitir un voto, instrumento de la defensa de los derechos, ha acabado por ser considerado como constitutivo de un derecho y la opinión general lo confunde con los derechos propiamente dichos.

Lo que decimos está fundado, porque los derechos propiamente dichos, ¿no se pisotean acaso sin escrúpulo en los países donde los sedicentes derechos políticos los poseen todos indistintamente? En Francia, el despotismo burocrático es tan pesado bajo la República que bajo el Imperio. Las exacciones y las vejaciones son numerosas y perentorias: un delegado de las *Trade-Uniones* inglesas a un congreso de París, ha declarado que en Francia los atentados a las libertades de los ciudadanos se llevaban a un extremo que constituían «una mancha y una anomalía en una nación republicana». Igualmente en los Estados Unidos. El sufragio universal no evita la corrupción de los municipios que imponen tributos locales muy elevados y poco beneficio reportan al público; no detiene el desarrollo de las organizaciones que obligan a los electores a abdicar entre las manos de corredores o agentes electorales; no impide la reglamentación de la vida privada de los ciudadanos, a los que se ordena abstenerse de determinadas bebidas y permite que se tase pesadamente a la generalidad de los consumidores por medio de una tarifa prohibicionista, establecida en provecho de una débil minoría de industriales y obreros. El sufragio universal ni siquiera salvaguarda la vida humana: en varios Estados tolera asesinatos que reprimen apenas los agentes de la ley, expuestos a los golpes si intentan cumplir su misión. La extensión reciente del sufragio ha producido entre nosotros resultados poco diferentes de los que acabo de enumerar. Lejos de haber asegurado el mantenimiento más enérgico de los derechos humanos propiamente dichos, más frecuentemente los ha desconocido, con numerosas ingerencias extrañas y gravámenes considerables en detrimento de nuestro bolsillo.

Por consiguiente, se ha equivocado el camino, tanto nosotros como en el extranjero. No descubrimos ningún indicio de esta pretendida identidad: no la discernimos tampoco ni en el caso extremo en que los hombres hacen uso de estos sedicentes derechos políticos para despojarse de sus derechos propiamente dichos, como cuando el plebiscito que eligió a Napoleón III, ni cuando dejan atiborrar el cerebro de sus hijos con lecciones charlatanas de historias de reyes, a menudo a costa de una alimentación insuficiente y de una debilitación de su joven temperamento. Los sedicentes derechos políticos pueden servir para defender las verdaderas libertades, pero también pueden servir para otros usos, incluso para establecer la tiranía.

H. SPENCER

Justice, pág. 208-209.

El sufragio universal

Nada más triste ni más inexplicable que la fascinación que aún ejerce el sufragio universal sobre la generalidad de la clase obrera. En los países donde no existe estamos presenciando la lucha de los trabajadores para obtenerlo. En los países donde funciona, como en Francia, los trabajadores se declaran dispuestos a hacerse matar para conservarlo.

Y no obstante, si la historia de estos últimos años nos ha enseñado algo, es que la emancipación política del proletariado, tal como resulta de su admisión en el sufragio, es una solemne farsa; es que toda intervención electoral de la clase obrera se vuelve fatalmente beneficiosa para su enemigo: la burguesía.

Hace veinticuatro años que las urnas funcionan en Francia—en la Francia del 10 de agosto de 1792 y del 18 marzo de 1872—sobre los cadáveres de los sublevados de febrero, y ¿qué ha salido de esto?

La Asamblea nacional de 1848, que debía, apenas reunida, responder con el cierre de los talleres nacionales a la confianza de los obreros parisienses que pusieron «tres meses de miseria» al servicio de la República.

La dictadura de Cavaignac y los fusilamientos y las deportaciones de junio.

La presidencia de Luis Bonaparte y la expedición romana, en espera del 2 de diciembre.

La Asamblea legislativa de 1849, que no fué más que un largo complot contra el socialismo.

La presidencia decenal de Napeleón Bonaparte, en diciembre de 1851, y su lúgubre cortejo de obreros fusilados en las calles y deportados a la Guyana.

El Imperio en 1852, con la ley de seguridad general, el restablecimiento de la cartilla para el trabajador, como si fuese una prostituta, las matanzas de la Ricamarie y de Aubin, que Rochefort definió sarcásticamente «la extinción del pauperismo por medio de la supresión de los pobres»; y esta condena de la Oficina parisién de la Internacional que caracteriza todo un régimen: «Considerando, etc., que... el objetivo de los asociados estriba en el mejoramiento de la condición de todos los obreros sin distinción de nacionalidad, por medio de la cooperación, la producción y el crédito ..... se condena a .....» (Proceso de la segunda comisión: fallo del Tribunal supremo).

Los siete millones del plebiscito de 1870 y la guerra, la invasión, traducidas para el pueblo trabajador en una agravación del impuesto bajo sus dos formas: sangre y dinero.

La capitulación Trochu-Favre, y la República conservadora de 1871, que no cuenta más de dos años de existencia y que tiene ya en su activo:

París a sangre y fuego, los ametrallamientos de la Escuela militar y del cuartel Lobau, los fusilamientos un poco en todas partes, Satory y sus pelotones de ejecución permanentes, Brest, Larionf y sus pontones, la Nueva Caledonia y sus cuatro mil mártires, el sitio de la mitad del país, la disolución de las sociedades obreras en masa.

¿Qué ventajas ha reportado el proletariado francés de su actividad electoral, de su premura en hacer a cada elección «acto de soberanía»? ¿Acaso una elevación de los salarios, menos hambre, menos frío en el hogar, una existencia material más fácil? La estadística responde: la media de los salarios es por año de 743 fr. para los hombres y de 306 fr. para las mujeres (sastres) y de 568 fr. y 262 fr., respectivamente, para los zapateros. ¿Nos ha aportado, acaso, una disminución de las horas de trabajo, el tiempo para que uno pueda pertenecerse, instruirse, vivir, en una palabra? En nuestro arsenal legislativo encontraréis una ley Grammont protectora de los animales, pero la ley que proteje al productor, hombre o mujer, contra las exigencias homicidas del taller o de la mina, aún tiene que proponerse.

¿Tendremos siquiera mayor amplitud para movernos, para asociarnos, para trabajar para nuestra emancipación? Recordad la reciente ley contra la Internacional de los trabajadores, o contra cualquiera otra asociación que persiga igual objetivo, es decir, la supresión del esclavo blanco, el fin de la explotación del hombre por el hombre.

La verdad es que el trabajador actual, después de veinticuatro años de voto, después de una elección presidencial, tres elecciones legislativas republicanas, tres blebiscitos, cuatro elecciones legislativas imperiales, y no sé cuantas elecciones municipales y provinciales, ni es más libre ni está más cerca de serlo que el trabajador de 1847. Presa es de la misma miseria y con los mismos obstáculos choca. La revolución electoral del 24 febrero no tuvo efecto para él.

Y no podía ser de otro modo. En las actuales condiciones sociales, con la *desigualdad económica* existente, la *igualdad política*, como la *igualdad civil*, no tiene sentido alguno. Los *derechos* no tienen un valor, no representan realmente algo sino para los que tienen *medios* para hacerlos valer. ¿Qué me importa el derecho de ver si no tengo ojos, el derecho de ir y venir si no tengo piernas? Ahora bien, la clase obrera, socialmente hablando, ni tiene piernas ni ojos. Carece de los *medios* sin los cuales los derechos son puras mentiras.

De ahí la impotencia del sufragio universal, el cual, lejos de ayudar a la emancipación material y moral de los siervos del capital, no ha podido ni puede hacer más que dificultársela.

El sufragio universal no puede facilitar la emancipación de la clase obrera:

1.° Porque por soberanos que sean de derecho, una vez admitidos en el electorado, los trabajadores continúan dependiendo de hecho de la clase capitalista e instruída. «Votar según sus necesidades—escribió Edgar Quinet en su obra, *La República, condición de la regeneración de Francia*—, es un peligro. Si es obrero, perderá su rica clientela; si es campesino, le quitarán el arriendo de la tierra. La papeleta electoral le representa, si quiere votar libremente, el hambre de su mujer y de sus hijos». Es la candidatura burguesa obligatoria. Sin contar con que el candidato no obrero tendrá siempre sobre su rival obrero—a los ojos de la multitud—la superioridad de fachada, de apariencia, facilitada por tres años de universidad.

2.° Porque hasta admitiendo que los trabajadores fuesen bastante independientes, intelectual y materialmente para resistirse a las candidaturas burguesas y hacerse representar en la asamblea gubernamental por trabajadores, éstos, que no han recibido ninguna educación política y jurídica especial, fatalmente se verían burlados por sus colegas abogados. O si no, ved a Albert en el Gobierno provisional de 1848 y a Tolain en Versalles, el año pasado.

Obstaculiza, por otra parte, esta emancipación, porque divide a los trabajadores, cuando precisamente no pueden salvarse sin la unión. Implica, en efecto, la oposición de un grupo obrero a otro grupo obrero. Así tenemos obreros electores republicanos, legitimistas y bonapartistas. En Suiza, al lado de obreros protestantes, hay los obreros católicos, otros son conservadores y otros radicales. En Italia habrá con la reforma electoral, electores mazzinianos y consortistas.

Y la solidaridad económica naufraga en estas discusiones políticas.

En la época del censo, la burguesía era un estado mayor sin ejército. El sufragio universal le ha dado este ejército electoral del que tenía necesidad para mantenerse en el poder.

JULIO GUESDE
(antes de ser diputado)

(Del *Almanach du peuple*, año 1873).

El sainete electoral

Acaso tengan razón los anarquistas al afirmar que la política es una cosa detestable; pero se equivocan, sin duda, al negar que un día de elecciones conviene para divertirse, toda vez que no se incurra en la flaqueza de ser candidato.

La democracia tiene ventajas, aunque no lo afirme ningún hombre de talento. Para nuestro gusto, las mayores, son de carácter risueño: un domingo electoral es tan ameno como los tres días de carnaval juntos. En París, como en Buenos Aires, todo ciudadano es elector y elegible. Desde que se inventaron los «Derechos del Hombre» muchos zampatortas se toman en serio; cualquier analfabeto se cree apto para ser diputado y afirma tener alguna idea capaz de hacer la felicidad de sus semejantes.

Un programa se escribe en pocas horas. Es preferible que esté cuajado de vulgaridades y escrito en pésimo estilo. Un programa que no diga nada es el más perfecto, pues no lastima las ideas que cree tener cada elector. De cada cien, noventa y cinco mienten lo mismo: la grandeza del país, los sagrados principios republicanos, los derechos del hombre, los intereses del pueblo trabajador, la moralidad política y administrativa, Todo ello es de una desvergüenza patibularia o de una tontería enternecedora; simula decir mucho y no significa absolutamente nada. El miedo a las ideas concretas se disfraza con el antifaz de esas vaguedades verbales.

Mediante una docena de frases vagas, todo francés que cuente con el apoyo del gobierno puede llegar a diputado; aquí, como en todas partes, el gobierno gana cuantas elecciones quiere. Jaurés, por ejemplo, fué derrotado, pero la comisión revisora del escrutinio anuló unos cuantos votos al candidato contrario, sin alegar razones decentes, ni siquiera indecentes, proclamando electo al candidato gubernamental. El mundo es así. Cuando los regeneradores llegan al poder tienen que obrar como todos los gobiernos: «to be or not to be».

Se comprende que un hombre tenga el capricho de ser diputado alguna vez; ¡hay tantos caprichos en la vida! Pero es inexplicable el empeño de algunos ciudadanos por eternizarse en el Congreso, como si la diputación fuera una ganga o una carrera profesional. Henry Maret—cuyos cinco mil electores fueron derrotados por los cuarenta millones desplegados en guerrilla por su adversario Rothschild—ha comentado su derrota diciendo que sólo fué candidato con el propósito de divertirse.

La carrera es absurda. Un teniente merece felicitaciones al ser nombrado capitán, lo mismo que un escribiente ascendido a auxiliar de secretaría; toda carrera tiene un ascenso y ascender es un motivo de regocijo. La profesión de diputado no respeta esa regla. En las demás se deja el puesto para ocupar otro mejor; en esta se lo pierde cada cuatro años y el pobre diputado tiene que recomenzar su viacrucis de enredos, promesas y discursos para... no ser más que antes si triunfa o desaparecer de la escena en caso contrario.

Sus amigos le felicitan cuando es reelecto. ¡Magnífico! Es lo mismo que si cada cuatro años felicitaran a un vigilante porque sigue siéndolo, sin haber llegado a sargento, ni siquiera a cabo segundo. En ninguna otra profesión se considera como un éxito el permanecer estacionario; lo singular de la carrera electoral es que un ciudadano brega y se sacrifica veinte años o medio siglo para no dejar de ser lo que es. Los diputados antiguos son los más tenaces y empedernidos.

El ironista que asoma las narices en el atolladero electoral descubre, con sorpresa, que algunos hombres ilustres son víctimas del voto de la canalla mercenaria. Tan extraordinario acontecimiento se explica por la necesidad que sienten los mediocres de parapetarse tras el blasón intelectual de algunos selectos: un partido serio necesita adornar su lista con ciertos nombres respetados. Dos o tres eminencias son escudo eficaz para una recua de pordioseros morales; equivalen a la flor que luce en el ojal de un *compadrito* suburbano. Cuando es elegido un hombre de talento, meritorio o virtuoso, no debe sospecharse que es en homenaje a sus cualidades; los contratistas de elecciones ignoran la dicha de admirar a los hombres superiores. Comercian simplemente sobre el prestigio del pabellón para dar paso a su mercancía de contrabando; son bandoleros que descuentan en el banco del éxito merced a la firma prestigiosa y honesta. Cada grupo de inútiles se forma un estado mayor que disculpe sus pretenciones de gobernar al país, desahogando su vanidad o su piratería bajo pretexto de sostener ideales e intereses de partido. Por cada Clemenceau hay más de cien insignificantes.

Aparte esas excepciones, que las hay en Francia como en todas partes, la masa de los «elegidos pel pueblo» suele ser subalterna y profesional. Esta mayoría mediocre puede clasificarse en tres grupos: vanidosos, deshonestos y serviles.

Los vanidosos derrochan su fortuna por conseguir una butaca en el parlamento. Ya es un rico terrateniente o un poderoso industrial que paga a peso de oro los votos coleccionados por un mercachifle electoral, cuya eficacia guarda proporción con su inconducta; ya es un advenedizo que gasta la fortuna de su mujer en comprarse el diploma de congresal, único accesible a su mentalidad amorfa; ya es el asno enriquecido que aspira a ser dirigente en la política sin más capital que su constancia y sus millones. Estos vanidosos necesitan ser alguien y lo consiguen negociando el doctorado en política. De otro modo serían simples «hombres que no existen».

Los deshonestos son legión; toman por asalto el parlamento a fin de entregarse a toda clase de especulaciones lucrativas. Venden su voto a empresas que muerden el presupuesto; apoyan proyectos de grandes negocios con el Estado, cobrando sus discursos a tanto por minuto; pagan con empleos y dádivas oficiales a sus electores; comercian al menudeo su posición parlamentaria para obtener pequeñas concesiones en favor de su clientela. Su gestión política suele ser tranquila: un hombre de negocios está siempre con la mayoría y apoya a todos los gobiernos.

Los serviles merodean por los congresos en virtud de la flexibilidad de sus espinazos. Lacayos de un grande hombre, no osan discutir su jefatura; el amo no les pide talento, elocuencia o probidad, pues le basta con la certeza de su panurgismo. Viven de luz ajena, satélites sin calor y sin pensamiento, uncidos al carro de su caudillo, dispuestos siempre a batir palmas cuando el habla y a ponerse de pie llegada la hora de una votación.

Fuera de esas tres categorías sólo se observan casos aislados de talento y de carácter, soñadores de algún apostolado o representantes de fanatismos colectivos. Es de inocentes creer que el verdadero mérito abre las puertas del parlamento. Un médico francés nos refirió que había resuelto dedicarse a la política.

—¿Estudia mucho?, le preguntamos.

—¿Qué?

—Le supongo consagrado a la Economía Política, a la Sociología, al Derecho Constitucional, a las Finanzas, a la Historia, al Derecho Internacional...

—No, nada de eso, repuso sonriendo.

—¿Entonces?

—Visito diariamente al jefe de mi partido y ya me ha invitado tres veces a almorzar... Pronto seré diputado.

JOSÉ INGEGNIEROS

De *Al margen de la ciencia*, «un día de elecciones en París».

Las columnas de este periódico, que se honraron muchas veces reproduciendo las admirables críticas de Bonafoux, hónranse una vez más, ofreciendo a los lectores el último artículo que escribió para El Heraldo, *en donde la ironía, al juzgar a las distintas fracciones políticas, de todo el mundo y particularmente de España, tiene una tal fuerza de realidad si que también de firmeza, que aparece serena y contundente, al mismo tiempo que burlesca y un tanto despreciativa.*

Es la última lección, que Bonafoux ha dado a sus adversarios.

Mi posición... (¡Pon!)

Acababa yo de evacuar—militarmente hablando—el campo de batalla que han levantado en Trafalgar Square para reclamo del nuevo empréstito; campo de batalla en miniatura, que parece un nacimiento del Niño Dios, con una iglesia bombardeada y una casa rústica en cuya techumbre no queda una teja, y otras cosas así, cuando oí que voceaban el *Times* «con la captura de las escuadras francesa y española». ¡Cielos!—exclamé, y me abalancé al periódico.

Era un *Times* por el que pedían 60 céntimos, un «facsímile» del *Times* de noviembre 7, 1805, un *Times* chiquitín de cuerpo como *El Motín*; pero ¡qué serio, y qué distinguido, y qué inglés clásico, y... qué tiempos aquellos! La cortesía y la caballerosidad en el trato con los dos enemigos, y singularmente con el español, era característica de una gran raza y de una gran época, y al hablar de Nelson dice *The Times* que tan gran victoria es menor que la muerte de él...

Me gustó, y salí de allí pensando qué dirían de mis gustos añejos las izquierdas españolas. Porque me preocupan, sí, señor.

Advierte un periódico suizo que vamos a entrar en la época más pasional, y también más peligrosa de la guerra; y como susúrrase que los Gobiernos van a dar más soltura a la prensa—que no tiene demasiada que digamos,—es claro que yo, como cada hijo de vecino, que he visto, oído y observado, me propongo decir algo, y aun algos, de lo mucho que he ido dejando en el tintero. Bueno será, pues, que, curándome en salud, empiece por explicar mi «posición» con las derechas españolas, a las que nunca pertenecí, y con las izquierdas españolas, a las que tampoco pertenecí en la vida, aunque me dispensan el disparatado honor de reclamarme como suyo. ¡No es a la República burguesa, capitalista y militarista a quien defendían mi *«Campaña»*, mi *«Heraldo de París»*, etc.!

Por una defensa que Angel Samblancat hizo de mí en *El Diluvio*, me enteré:

1.° De que me han atacado las izquierdas, sin duda por no querer ser menos que las derechas, que tanto y tan bien me atacaron antaño.

2.° De que una revista socialista sacó su primer número, o sea para estrenarse, con un furibundo artículo contra mí.

Mi «posición» por este concepto ha crecido considerablemente. Si los ataques convienen siempre al atacado, porque prueban que está vivo y coleando, el hecho de sacarlo a la calle una revista como «atracción» de su primer número prueba la mucha estima en que el público lo tiene y la mucha popularidad de que goza. Si dicha revista necesitara otra «atracción» para otro número soso y aniodino, yo podría hacerle una diatriba contra mí mismo, y resultaría mejor que el mencionado artículo.

«En España no se le ha hecho a Bonafoux un solo momento de justicia»—ha escrito alguien—; y así se explica que, consignando la prensa republicana que he hecho grandes servicios a la causa, jamás tuve, no ya un medro personal—que de eso no hay que hablar—, pero tampoco la menor mención honorífica. Es más; el único destino público, humilde y efímero que he tenido, como abogado, en mi larga y asendereada vida de periodista, me lo dieron las derechas, los reaccionarios. Don Antonio Cánovas del Castillo, a quien según es fama, hizo gracia una solicitud mía con el desplante de que me reventaban los conservadores en general y don Antonio en particular; pero que necesitando un destino, y siendo él quien los daba, a él me dirigía. Monárquicos son los periódicos, como este *Heraldo*, que me han remunerado más trabajos y dado libertad de emitir ideas que, en muchos casos, no son las suyas.

¿Que por qué siendo esto así no soy monárquico, conservador, reaccionario, en fin? Pues... porque no me da la gana. ¿Que por qué ataco ahora a los republicanos no españoles, puesto que los republicanos españoles son sencillamente un mito? Porque tales republicanos, en su mayoría, son unos indecentísimos burgueses, y porque, conmigo en particular, se han portado como unos cerdos. ¿Y que por qué ataco ahora a los socialistas no españoles, de quienes no tengo la menor noticia? Porque no son tales socialistas—como lo era Jaurés, a quien no me he cansado de elogiar,— sino nacionalistas disfrazados de socialistas.

«Si Bonafoux ha fustigado a tales o cuales gobernantes republicanos, será porque los ha encontrado poco radicales. Si ha combatido a los socialistas, será porque le parecen poco revolucionarios. De esto no me cabe duda—dice Samblancat—. Nosotros no podemos olvidar que las palabras más acres y más fuertes que se han escrito en castellano contra los reyes y contra los sacerdotes las ha escrito él; no podremos dejar de ver en él al defensor de Dreyfus, al defensor de Ferrer, al